

la sazón estaba al lado de su esposo, llegó con el tiempo preciso para recoger su último suspiro.

Entretanto que Sofía cumplía con los deberes de la piedad filial, Blanca de Flavigny, que se había conservado fiel á su primer amor, se atravesó como un rayo de luz en la vida de Augusto. Sofía ausente, Sofía acusada de ingratitud por su marido egoísta y descontentadizo que la contaba como una culpa el que hubiera ido á recoger el último suspiro de su padre, no podía contrarrestar el mal. Mr. Cottin se dejó seducir por el encanto de Blanca de Flavigny, que le amaba aún, que le compadecía, que era la beldad á la moda de la alta sociedad parisiense. Cuando Mme. Cottin regresó, el ruido de aquellos amores llegó á sus oídos: nada dijo á su marido; no profirió una queja; mas al retirarse á su cuarto caía de rodillas, anegada en llanto, cada noche, y decía, elevando al cielo los ojos y el corazón:

—¿Será posible, Dios mio, que me castigúis por haber amado á mi padre?

## XVI

La revolución estalló al fin y se llevó las vidas y las fortunas; el Marqués de Flavigny, acusado de realista, subió al cadalso, y su hija, encerrada en la Conserjería, esperó resignada la hora de seguirle.

Era Blanca una noble y dulce criatura, toda sentimiento, y que perdido el amor que había llenado su alma, miraba la vida con extrema indiferencia; profundamente piadosa, lloraba el no poder vencer la pasión que la encadenaba á Augusto Cottin, y deseaba la muerte, que la libraba de aquel sentimiento culpable que no podía dominar.

Augusto, cuya enfermedad avanzaba rápidamente, hizo tales esfuerzos para salvar la vida de la Mlle. de Flavigny, que él mismo se dió el título de sospechoso y le fueron confiscados todos sus bienes.

Sofía siguió en su noble silencio; el que hubiera sabido lo que pasaba en aquel corazón de diez y nueve años, oculto bajo el cándido y gracioso rostro de un ángel, hubiera sentido una pro-

funda compasión por aquella criatura sola y huérfana en medio de las soledades del dolor.

Mme. Cottin dedicaba á su esposo la misma noble y profunda pasión que Blanca de Flavigny: no podía acusarle, sino compadecerle, y asimismo compadecía á la prisionera que ocupaba el calabozo de la Conserjería, y que esperaba la hora de subir al cadalso.

Decretóse, al fin, la sentencia para la joven y opulenta heredera de la noble casa de Flavigny; fué condenada á muerte sin haber vivido más que veintitrés años.

La víspera de la ejecución se abrió la puerta del calabozo de Blanca, y una mujer vestida de negro y cubierta con un velo entró en él. La sentenciada, vestida con un traje de diáfana muselina, leía en un libro de oraciones, sentada al lado de una mesilla donde ardía una pequeña lámpara.

—¿Quién sois, señorita, y qué me queréis? preguntó dulcemente Blanca, levantándose con perfecta cortesía y acercando otra silla para la persona que la visitaba.

—Soy, respondió aquella con timidez, Mme. Cottin, que viene á ver si puede seros útil en algo, y que os compadece y os perdona.

—¡Perdonarme! repitió Blanca irguiéndose con altivez; ¿y de qué?

—¡Me habéis robado el amor de mi marido!

—¡Vuestro marido no os amó jamás!

—¿Quién os lo ha dicho? exclamó Sofía.

—Yo lo sé; el capricho que le llevó á casarse con vos, no se parece en nada al amor.

Esta brusca respuesta encendió la cólera en el corazón de Sofía; pero pensando en que la que se la daba iba á morir dentro de pocas horas, el enojo dejó paso muy pronto á una compasión profunda y dolorosa.

—Y bien; ¡si él no me amaba, yo le amo á él, y me duele el que él os ame á vos! dijo con dulzura; mas á pesar de todo, ya os lo he dicho, me da lástima el que os hagan morir tan joven.

Blanca de Flavigny atrajo hacia sí la rubia cabecita de Sofía, y le dijo besándola en la frente:

—Sois una niña muy bella y muy buena, y por lo mismo digna de mejor suerte; yo os doy gracias por la simpatía que me manifestáis, y os aseguro que no siento morir; era desdichada y nada esperaba de la vida; en la otra me hallaré mejor. Augusto me seguirá, y vos os quedaréis en libertad; entonces os casaréis con otras condiciones y con más elementos de dicha que la primera vez.

—No lo creáis, respondió Sofía con voz alterada por las lágrimas: yo amo á mi marido con toda el alma, y no volveré á querer así á ningún hombre.

—¿A pesar de no haberos hecho feliz?

—¿Quién os dice que no lo he sido? Es más dichoso el que ama que el que es amado; si á costa de mi vida pudiera yo alargar los días de la suya

y vivir á su lado sólo algunos meses, lo haría, no lo dudéis, y cuando llegara mi muerte, la recibiría sin pena y rogándoos sólo que le hiciérais dichoso.

—¡Oh señora! ¡sois un ángel! exclamó la señorita de Flavigny abrazando á Sofía; tanta virtud y tanta gracia reunidas, tanta ternura y tanta dignidad, os prestan un encanto que me domina y me subyuga: ¡ah! ¡vos merecéis ser dichosa, y lo seréis!

—¡No lo espero en este mundo! repuso Mme. Cottin, sacudiendo su linda cabeza; ¡he perdido á mis padres y voy á perder á mi esposo! ¿Qué felicidad es ya posible para mí?

—Yo rogaré por vos allá arriba; y ahora, amiga mía, salid de aquí; más larga estancia os haría sospechosa y os perdería sin salvarme: recibid mi abrazo de despedida y la expresión de mi ardiente gratitud.

Blanca de Flavigny abrió los brazos á Sofía Cottin, y aquellas dos hermosas cabezas rubias se unieron, uniéndose también sus corazones en una presión tan leal como cariñosa.

Blanca subió al cadalso algunas horas después: veintiocho nobles de ambos sexos fueron inmolados con ella: la feroz guillotina segaba lo mismo las cabezas blancas que las que ostentan la corona le ébano ó de oro de la juventud.

La heredera de uno de los nombres más ilustres y de una de las más ricas fortunas de Fran-

cia murió tranquila, contenta y resignada, esperando una patria mejor.

Augusto Cottin fué á presenciar la ejecución; volvió á su casa lívido, convulso y presa de una fiebre ardiente.

Su esposa y Misstris Rawlings le hicieron acostar y le prodigaron los más exquisitos cuidados; pero el delirio sobrevino, y los médicos declararon que aquella vida se apagaba rápidamente.

Todavía vivió ocho meses, todavía pudo apreciar la abnegación y el generoso amor de su esposa; murió bendiciéndola, con la cabeza apoyada en el pecho de aquélla, y dejó el último suspiro en un tierno beso que estampó en la triste y pura frente de Sofía.